

Textos e intertextualidad: Las crónicas sobre la colonia jesuita de Pedro Menéndez de Avilés en Virginia en 1570

Charles B. Moore
Gardner-Webb University

Introducción

Mucho se ha escrito sobre la exploración y colonización del sureste de los Estados Unidos por los conquistadores españoles Ponce de León, Lucas Vázquez de Ayllón, Pánfilo de Narváez, Hernando de Soto, Tristán de Luna y Pedro Menéndez de Avilés entre 1513-1574. Se olvida, sin embargo, que Menéndez de Avilés, fundador de San Agustín (Florida) y Santa Elena (Carolina del Sur) en 1565, también estableció otro asentamiento en el sureste de Virginia en 1570. Mientras se ha comprobado por las crónicas de la época (i.e. *La Florida* del Inca Garcilaso, los *Naufragios* de Cabeza de Vaca) que los conquistadores españoles atravesaron los pantanos, montañas y páramo de la Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte, Tennessee, Alabama, Arkansas, Mississippi, y Luisiana, la misión fracasada de los sacerdotes de Menéndez de Avilés en Virginia es un caso especial. No solamente fue la última expedición de la época de Avilés, sino que ocurrió en un lugar marginado del resto del sureste, una región ya muy lejana de los centros del imperio español en Perú y México.¹ Por ser la última colonia, la derrota en Virginia marcó el fin de la época de las grandes exploraciones españolas en el sureste de Norteamérica y comenzó una postura defensiva contra el empuje cada vez más agresivo de los ingleses y norteamericanos en el sureste (Gradie 132).

El discurso del silencio en la historia europea primitiva de Virginia

Como escribe Beatriz Pastor en su libro, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia* (1988), algunos conquistadores o eligieron guardar silencio sobre sus propios viajes o murieron inoportunamente antes de que pudieran escribir (184). Al callarse a propósito, era más fácil olvidarse de una terrible experiencia o esconder la verdad de sus expediciones fracasadas. Por ende, evitaban que sus desastres se recordaran para siempre en la historia. Otras veces, sin embargo, los conquistadores sí escribieron del desastre de sus hazañas como Pastor explica a continuación:

La derrota lleva con frecuencia aparejado el silencio. Ese mismo silencio que sumió en el olvido los sucesos particulares de tantas expediciones fracasadas, desde la de Hojeda y Nicuesa hasta la de Lucas Vázquez de Ayllón. Pero en el caso de las expediciones de Narváez, De Soto, y Coronado, las cosas fueron distintas: las supervivientes decidieron deliberadamente hacer uso de la palabra y salvar del olvido la historia trágica de sus infortunios. (202)

La expedición de los jesuitas españoles a Virginia cabe dentro de dicho discurso del silencio de Ayllón y Ponce de León. Matados por los indios, estos misioneros nunca tuvieron la oportunidad de reflexionar sobre sus aventuras como un Bernal del Castillo o un Hernán Cortés en Nueva España. De hecho, muchos críticos han opinado que este

¹ Avilés ya había viajado a la Florida y Carolina del Sur y mandó que Juan Pardo explorara “la tierra adentro” de Carolina del Sur, Carolina del Norte, y Tennessee en 1567-68.

silencio de los sacerdotes fue repetido por los cronistas más conocidos de la colonia virginiana y, luego, por los historiadores norteamericanos. John Irving, por ejemplo, ha dicho, “[t]here are really two accounts of early settlements in Jamestown, Virginia. One [the English] is the pleasant story of romance and success [that] they’ve put it in our history books. The other [the Spanish] is grim, heroic and nearly forgotten” (30). John Shea ha comentado que “[Virginia’s] antiquity is greater than many know” (Log Chapel” 847) e “[i]t is a remarkable fact, that almost all our writers have overlooked the visits of the Spanish to the Chesapeake, prior to the English settlements” (“Early Spanish” 269). E. I. Devitt se ha quejado de que, “American writers of the history of Virginia begin with the settlement of Jamestown, or the disastrous attempt at colonization under Sir Walter Raleigh, completely ignoring the earlier missionary enterprise of the Spanish Jesuits, or passing it by with scanty notice” (1). Robert Greenhow señala que Andrés González de Barcia es el único cronista español que acredita a España con el descubrimiento de la Bahía de Chesapeake, lo cual nunca mencionan Francisco de Gómara ni Antonio de Herrera (citado en Robinson 478-88). Al respecto, C. M. Lewis y A. J. Loomie conjeturan que “. . . the neglect of the subject of the Spanish mission [in Virginia] has been in no small measure due to the scattered documentary sources, preserved for the most part in private archives” (3).

Sean lo que fueran las razones por las cuales la expedición española a Virginia nunca se ha figurado predominantemente en la crónicas e historias sobre Virginia y el sureste de los Estados Unidos, hay otro debate aún más candente a continuación.

El debate en torno al descubrimiento europeo de Virginia

Conocida en aquel entonces por su nombre indio, “Ajacán,” el territorio de Virginia y el Chesapeake primero fue reclamado por España en el Tratado de Tordesillas de 1493 (Gradie 133). Sin embargo, antes de la fecha más aceptada de 1570 para la primera colonia europea allá, se cree que otros españoles y europeos lo habían explorado. Shea, por ejemplo, cree que la colonia que Vázquez de Ayllón fundó en 1526 estaba en el sitio de Jamestown, Virginia no en Georgia (“Ancient Florida” 240-41). Otros afirman que Sebastián Cabot (por Inglaterra, 1498) y Giovanni da Verazzano (por Francia, 1524) visitaron la Bahía de Chesapeake y que el portugués Esteban Gómez tomó posesión de ella por España en 1525 (Mooney 129). James Mooney escribe que a través del siglo XVI las costas de Virginia fueron invadidas muchas veces por cazadores de esclavos de las Indias (129), mientras Woodbury Lowery y otros hablan de la posibilidad de que unos exploradores y monjes españoles pudieran haber conocido Virginia en 1559 o 1560. En ese momento se supone que capturaron y bautizaron a un indio “Don Luis de Velasco” nombrado así en honor del virrey del mismo nombre de Nueva España (Lowery 259, 458). Este indio desempeñará un papel clave en la derrota de la colonia española en 1570 que veremos más adelante.

Además de estas teorías, se cree que Ángel de Villafañe, el rescatador de la colonia de Tristán de Luna en Alabama y la Florida en 1561, también pudo haber estado en Virginia en 1561 (Lowery 259-60).² Por otro lado, Louis Dow Scisco calcula que el asentamiento de los jesuitas de Avilés en 1570 ni estaba en Virginia sino realmente en Carolina del Norte. Por ende, le acredita el verdadero descubrimiento de Virginia y la

² De hecho, Vigneras cree que Don Luis fue capturado por los padres dominicos quienes acompañaron a Villafañe en este viaje (403).

Bahía del Chesapeake a un sobrino de Menéndez de Avilés, Pedro Menéndez de Marqués, en 1573 (282-83). Al contrario, Devitt nos asegura de que “. . . it can be safely concluded that [Axacan] was somewhere in Virginia” (3).³ Vigneras, quizá aclarando la opinión de Scisco, ha señalado que los marineros españoles de Avilés exploraron las costas y ríos de Carolina del Norte en 1566 durante un viaje abortado a Virginia (405).⁴

A pesar de estas discrepancias, prevalece la teoría de que la misión de los jesuitas de Avilés fue la primera colonia europea en lo que ahora es el estado moderno de Virginia en los Estados Unidos de Norteamérica. A partir de Ponce de León en 1513, la Corona española, aunque apenas se interesaba en el sureste, concentraba sus esfuerzos al sur de Virginia en las Carolinas, la Florida y Georgia. España solamente empezó a enfocarse en Virginia cuando le llegaron rumores de que los franceses habían encontrado un pasaje marítimo directo desde Terra Nova a las minas de Zacatecas en México (Scisco 278). Tal percibida amenaza nos demuestra la tremenda falta de conocimiento geográfico sobre la América del Norte por parte de los europeos tan tarde como fines del siglo XVI.⁵

La vocación evangelizadora de Menéndez de Avilés y los jesuitas

Las cartas de Virginia anticipan la tendencia o patrón general que se ve luego en otras historias escritas por los sacerdotes y misioneros jesuitas durante el siglo XVII (Prieto 10). Estas historias como, por ejemplo, la *Histórica relación del reyno de Chile* (1646) de Alonso de Ovalle, a diferencia de los grandes trabajos totalizadores como la *Historia natural y moral de las Indias* de José de Acosta (1599), se concentran en regiones específicas donde los jesuitas trabajaban en su labor evangelizadora (Prieto 10). Solían enfatizar las dificultades y peligros que sufrían por cumplir su misión y los logros políticos y económicos de la orden en las regiones donde se encontraban trabajando (Prieto 10). En Virginia los jesuitas figuraban en el plan del *asiento* que se le expidió a Menéndez de Avilés para parar cualquier avance enemigo en el sureste y defender el territorio en nombre de la Iglesia católica y la Corona española. Al erradicar a todos los extranjeros y herejes en la región, el Adelantado se acordó de explorar la costa del este desde los cayos de la Florida en el sur hasta Terra Nova al norte (Gradie 135).

A pesar de esta gran visión, Vigneras ha señalado algunas de las ideas equivocadas que Avilés tenía sobre Virginia y la Bahía de Chesapeake (398). Por ejemplo, pensaba que Virginia era el área habitable más norteña al sur de Terra Nova. Creía que el territorio se separaba de Terra Nova por sólo una cordillera y que por un pasaje marítimo interior, conocido como la Bahía de Santa María (el nombre español

³ Véase a Lowery (458-64) para un sumario de la evidencia a favor de Virginia como el sitio del asentamiento jesuita de 1570.

⁴ Shea ha dicho que los cronistas españoles no loan la conducta de los treinta soldados y dos padres dominicos que fueron en este viaje: “. . . we must admit that Spanish chroniclers do not speak of them with praise. In fact, they assert that these missionaries, corrupted by an easy life in Peru, had no taste for a laborious mission in Virginia, though perhaps they learned the real state of affairs in that land, and . . . felt that the attempt would be fatal to all” (“Log Chapel” 848-49).

⁵ De hecho, al escribir desde México en 1555 el Fray Toribio de Motolinía demuestra esta problemática en su *Carta al Emperador*: “Y a V.M. humildemente soplico por amor de Dios, que agora que el Señor ha descubierto tan cerca de aquí la tierra de la Florida, que desde el río de Pánuco, que es de esta gobernación de México, hasta el río grande de la Florida, donde se paseó el capitán Soto más de cinco años, no hay más de ochenta leguas, que en estos nuestros tiempos y especialmente en esta tierra es como ocho leguas; y antes del río de la Florida hay también muchos pueblos, de manera que aun la distancia es mucho menos” (296).

original por el Chesapeake), se podía navegar al Océano Pacífico y el Lejano Oriente. Además, creía que la Bahía era la frontera norteña natural de la Florida y, por ende, España tenía que defenderla contra los franceses y piratas quienes podrían interrumpir las vías marítimas comerciales del imperio. Aunque la mayoría de estas teorías se probó errónea más tarde, Avilés usó estas creencias aceptadas de la época para aumentar la importancia estratégica de Virginia y, por ende, reclutar soldados para su misión y promover su propia importancia como el Adelantado de toda la Florida (Gradie 135-36).

De todas sus inquietudes por la colonización de la Florida en general y de Virginia en particular, Avilés estaba quizá más preocupado por la cristianización de los indios. Para llevar a cabo este ambicioso proyecto le pidió misioneros al general de la Orden de los Jesuitas Francisco Borgia. Los jesuitas ya se interesaban mucho en la evangelización cristiana alrededor del mundo y aceptaron este pedido de Avilés con entusiasmo. Como respuesta, Borgia pronto mandó a diez y siete curas a la Florida en 1567-68 (Gradie 136-38). Sin embargo, aunque para 1568 había misioneros activos en la Florida, Georgia, y Carolina del Sur, estaban viviendo bajo tremendas dificultades de hambre, calor, enfermedades, inexperiencia, y amenazas indias. Los soldados españoles muchas veces les dificultaron su labor aún más por antagonizar a los indios sin propósito o esclavizarlos en diferentes oficios (Gradie 139-40).

Menéndez de Avilés habló severamente en contra de esta conducta pero era muy difícil aplicar cualquier justicia en su colonia para evangelizar a los indios eficazmente. Como resultado, para 1570 los jesuitas estaban empezando a perder su optimismo en la Florida. Juan Baptista Segura, el vice-provincial de la misión aun escribió a Borgia para sugerirle que quizá fuera mejor abandonar el proyecto allá por otra en una región más habitable y poblada. La Bahía de Chesapeake y Virginia parecían exactamente ese lugar que buscaban (Gradie 141-42).

Aquí empieza la historia de las crónicas españolas de Virginia. Al concluirlo, veremos si de veras la expedición merece su lugar bajo el discurso del silencio o si, en cambio, por fin encuentra su voz dentro de la tradición mesiánica española vista en las otras crónicas coloniales más conocidas. Primero, se estudiará una selección de cartas y relaciones recolectadas por Lewis y Loomie en su libro, *The Spanish Jesuit Mission in Virginia*. Estos documentos, que se publicaron con otras biografías e historias asociadas con la exploración española en Virginia, datan de 1570 a 1622. Fueron escritos por los sacerdotes que murieron en Virginia, los padres que estaban en el sureste de Norteamérica en ese momento o, después, por otros curas e historiadores de la evangelización jesuita en América.

Pedidos y *pathos*: la Carta de Luis de Quirós y Juan Baptista de Segura a Juan de Hinistrosa (12 septiembre de 1570) ⁶

Los padres Quirós y Segura encabezaron la misión de Menéndez de Avilés a Virginia desde Santa Elena, Carolina del Sur. Con ellos fueron tres hermanos jesuitas, tres novicios, un niño de Santa Elena (Alonso de Olmos), y el niño indio (“Don Luis”)

⁶ Juan de Hinistrosa era el hijo de Emanuel Rojas, el gobernador de Cuba de 1525-1538. Hinistrosa se hizo gobernador de la Habana en 1555, y, en 1565, se hizo el Tesorero Real de Cuba. Era benefactor de los jesuitas en la Habana y durante su misión en el sureste de Norteamérica (Lewis y Loomie 93n2). A partir de aquí mis referencias a Lewis y Loomie se escribirán como “LL” más la página.

supuestamente capturado once años antes en la misma Virginia. Los padres tenían grandes expectativas para Virginia gracias a sus conversaciones con “Don Luis,” a quien los españoles habían llevado a España y México unos años antes (LL 123, 153).⁷

A pesar de sus expectativas optimistas, todo pronto les fue muy mal. Debido a la escasez de recursos en Virginia, el barco que los había llevado volvió pronto a Santa Elena con una carta urgente de Quirós y un anexo por Segura abordó (Lowery 362). Esta correspondencia fue la única noticia jamás recibida de ellos. Lowery opina que la carta es breve pero altamente interesante por ilustrar el espíritu que siempre ha distinguido a la Sociedad de Jesús, la devoción de sus misioneros, y su interés en la investigación científica (363).

A pesar de estas observaciones, el tono de la carta revela una realidad totalmente diferente de la que Don Luis les había pintado de su tierra natal. Primero, Quirós enfatiza el gran hambre y el frío que los misioneros sufrían:

Ha sido la tardanza en llegar hasta aqui mucho mayor de lo que se pensava por las dificultades que Vuestra Merced entendera q suele aver en descubrir tierra nuevas. . . . Hallamos la tierra de don Luis de otra manera q se penso, no porque aya avido falta en don Luis en el dar relacion della, sino porque la ha Nuestro Senor castigado con seis años de esterilidad y mortandad que ha sido causa de quedar muy despoblada conforme a lo que ella solia ser y porque son muchos los muertes y tambien los q se an ydo por otras tierra a proveer a su hambre. . . . (LL 85)

Aunque sabemos que Don Luis de verdad les había glorificado la fertilidad de Virginia, Quirós se niega a culparle. En cambio, señala una sequía de seis años que había causado la “esterilidad y mortandad” de la región.⁸ Pero, con *pathos*,⁹ el hambre sigue dominando el discurso de Quirós como vemos abajo:

. . . ya ni tienen mais, ni se hallan frutas de las silvestres que ellos suelen comer, ni raizes ni otra cosa q comer sino muy poco y alcansado con mucho trabajo por estar ya muy agostada la tierra y por esta causa no han tenido los indios que offerer a nosotros ni a los q venian en el navio mas q buena voluntad. . . . (LL 85)

Una “bienvenida” es lo único que los indios les pueden ofrecer a sus huéspedes españoles. Por eso, los padres se reducen a mendigos de maíz y otras comidas como Quirós explica:

⁷ Las otras cartas y relaciones en Lewis y Loomie también hablan de la leyenda de la belleza de Virginia promulgada por “Don Luis.”

⁸ Lewis y Loomie han dicho, sin embargo, que los indios probablemente estaban exagerando cuando hablaron de seis años de hambre (93n4).

⁹ Es la misma idea en la retórica clásica de captar la benevolencia del oyente por enfatizar las dificultades que uno ha sufrido. Véase a Aristóteles (*Retórica*, II, 2208-09) y a Cicerón (atribuido) quien sugiere en *Ad Herennium*: “Ab nostra persona benivolentiam contrahemus . . . si nostra incommoda proferemus, inopiam, solitudinem, calamitatem” (14).

[B]ien creo qu no nos faltara materia para exercitar la paciencia y a bien succeder se avia de padecer mucho pero a todo esse riesgo ha parecido ponernos y especialmente por parecernos que con la buena diligencia de Vuestra Merced se podra proveer buena cantidad de maiz para q nos podamos sustentar. . . . (LL 86)

Después, el padre Segura reitera la grave crisis en que se encuentra la misión:

. . . yo escribo a Su Majestad la disposicion que hallo en esta tierra para plantar el Santo Evangelio y la grave necesidad en q quedamos a trueco de cumplir este ministerio, yo entiendo no sera necesario tornar yo a suplicar de nuevo a Vuestra Merced nos embie con toda brevedad una fragata cargada de mais y no otros regalos pues vea Vuestra Merced muy bien quanto importa se haga esto con toda presteca para el remedio y amparo de toda esta gente. . . . (LL 87)

Con *occupatio* (Lanham 68) repite sus pedidos a la vez que niega la necesidad de hacerlo. Así, parece seguir las recomendaciones del *Ad Herennium* de que el ponente ruegue al oyente (Hinistrosa) para asistencia y que muestre que no está dispuesto a poner su esperanza en nadie más (14).

Historia o ficción: la *Carta* a Francisco Borgia desde la Bahía de Santa María (28 agosto 1572) y la *Relación* de Juan Rogel (1607-11)¹⁰

El Padre Juan Rogel participó en el rescate fracasado y, luego, la investigación de lo que pasó a los misioneros en Virginia. Por eso, tanto su *Carta* como su *Relación* tienen fechas después de 1570. Rogel, su piloto, Vicente Gonzalo, y unos hermanos jesuitas viajaron a Virginia nunca pararon con las provisiones que los misioneros pidieron ya que no vieron la fogata que Segura prometió encender para señalar su campamento. Sin embargo, sí capturaron a dos indios que llevaron a Cuba para interrogar sobre los padres desaparecidos. Luego para su *Relación*, Rogel entrevistó al único sobreviviente de la misión, el niño Alonso, a quien Menéndez de Avilés logró rescatar durante su viaje de 1571 para vengar la matanza de los padres (Rogel, LL 120; Lowery 366).

La *Carta* y *Relación* de Rogel comparten temas similares. Lowery caracteriza la *Relación* como una “legend,” “obscure,” y “typical of the stories which surround the career of the early missionaries to the Indians” (365). Pero puede ser que sean precisamente esos rasgos que le den su riqueza y vínculo a la tradición novelizada de muchas otras crónicas hispanoamericanas coloniales. A continuación examinaremos diferentes aspectos de la *Carta* y *Relación* de Rogel para ver cuán “típicas” son y si incluyen de verdad las convenciones observadas por Lowery.

En la *Carta*, Rogel incorpora la famosa imagen de un tesoro escondido cuando escribe:

Quando fue este mochacho [Alonso] con don Luis, después de aver muerto a los otros, dize que dexó los ornamentos y libros [de misa] y lo demás que avía, cerrado en las arcas; y después que tornó el don Luis hizieron su repartimiento. . .

¹⁰ Para un excelente resumen de la vida y hechos del Padre Rogel, véase “Rogel, Padre of the Ports,” por Rosemary Ring Griffin.

. y an dicho unos indios a este mochacho que no osan llegar a esta arca, porque tres indios que quisieron mirar lo que avía en ella, murieron allí luego; y assí dizen que la tienen cerrada y guardada. (LL 107)

Después de matar a los padres españoles, Don Luis vuelve con su preso, Alonso, a repartir los bienes de la caja. Sin embargo, los indios les dijeron que el cáliz de plata y crucifijo adentro tenían tanto poder que otros indios murieron cuando los miraron. Esta imagen de una caja enterrada se ve en otras crónicas del sureste que forman parte del folklore primitivo de la región. Barcia, por ejemplo, menciona que unos miembros de la expedición de Tristán de Luna a Alabama en 1559-61 “enterraron al pie de vn Arbol, vna Olla, en que metieron vna Carta, que referia el Camino, que llevaban y el motivo” (37). En 1590, las tropas inglesas que buscaban a la famosa “Colonia Perdida” de Sir Walter Raleigh encontraron donde los colonos perdidos habían escondido cuidadosamente varios cofres de buzos (Stick 209-10).

Cuando el poder de los ornamentos de misa mata a los indios, vemos que Rogel combina la utilería convencional de un tesoro escondido con lo sobrenatural para mitificar aún más el martirio de los padres. En forma alucinante, Quirós y Segura dicen que a los indios “pareceles q ha don Luis resucitado y que viene del cielo” cuando vuelve a Virginia después de tantos años lejos con los españoles (LL 85). En su propia *Relación* de Virginia, Bartolomé Martínez declara que el niño Alonso le contó que “. . . estando un día en el buhío del cacique, se puso el demonio en un árbol, en figura de un pájaro negro, como cuerbo, y començó a hablar en su lengua” (LL 154).

Estos eventos siguen la tradición de lo mágico y milagroso ya bien establecida en la crónica hispanoamericana. Colón, por ejemplo, busca a los hombres con un ojo, a la gente que nace con colas, y los peces “hechos como gallos” en su *Diario* (117, 131, 223). Al entrar en México, Bernal escribe en su *Historia* que “nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís” (178). En los *Naufragios*, Cabeza de Vaca y sus compañeros fingen ser curanderos para sobrevivir varios años entre los indios del suroeste norteamericano (57-63). Cabeza de Vaca aun documenta que una noche en pleno desierto vio un árbol ardiendo cuyo fuego lo salvó del frío (58).

Igual que su *Carta*, la *Relación* de Rogel nos cuenta la leyenda del martirio de los padres jesuitas en Virginia. Aunque el manuscrito original se ha perdido, el texto publicado por Lewis y Loomie parafrasea la narrativa de Rogel. Esta versión se incluyó en una historia inédita, *La fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España 1571-1580*, por el Padre Juan Sánchez Vaquero (LL 121). En la *Relación*, Rogel escribe que al entrar en la provincia de Ajacán, “don Luis maleó luego y se apartó de los Padres entregándose a mujeres, quedando los Padres y Hermanos solos . . .” (LL 115). Esta imagen de la caída del hombre primordial ante la tentación poderosa de una mujer seductiva se remonta hasta Adán y Eva en el Jardín de Edén (Gén. 3). Luego, se repite en la historia de la Doña Marina quien ayudó a Cortés en la conquista de México en 1520 (Bernal 83-85, 138, 163) y en la advertencia del Virrey Velasco de que solamente una soltera sospechosa podía arruinar al ejército entero de Tristán de Luna en la Florida y Alabama en 1559 (I, 54).

Hay otros aspectos de la *Relación* de Rogel que probablemente se incluyen más por tradición literaria que por ser hechos históricos. Primero y más obvio es cómo Rogel consigue su información:

[El Padre Baptista] embió adonde estava al Padre Quirós a rogarle [a Don Luis] que viniese, y como el desdichado se avía estragado en todo, respondióle [Don Luis] al padre Quirós que se fuese que luego iría tras él; y a la noche lo cumplió; porque llevando gente consigo, [Don Luis] lo mató [al Padre Quirós]. . . . esto se supo de un muchacho, hijo de un vezino de Santa Elena que le avía llevado [el Padre Baptista] consigo para que les ayudase a missa, el qual se llamava Alonso y por su poca edad no le mataron los indios o por ordenarlo Dios assí. Esto dio noticia del suceso y dixo que, aviendo llegado Don Luis con su gente armados de [palos], saludó al Padre Baptista que estava [en oración en la cama], y que alçar [el palo] y saludarle fue todo uno, de manera dándole saludes, le quitó la vida; y a todos los demás dieron la muerte. . . . (LL 116)

Tal uso de un “informante” secundario como el niño Alonso sigue el mismo formato en otras obras coloniales y del Siglo de Oro. En el *Quijote*, por ejemplo, Cervantes señala a su fuente Cide Hamete Benengeli (II, 41) y para *La Florida del Inca* Garcilaso afirma haber consultado a su hidalgo anónimo Alonso de Carmona y a Juan Coles para todos sus datos (247-48).

Aunque muy joven, el niño Alonso se retrata como el héroe del martirio en Virginia como Rogel describe a continuación:

. . . y assí escapó solamente Alonsico, del qual se advierte que tuvo grande desseo de morir juntamente con los Padres y estorvóselo un hermano del Don Luis que lo encerró y escondió en una casa, saliendo a buscar favor quando matavan a los Padres. Y después de sosegados, el don Luis llamó a Alonsico y le dixo que enseñase a los indios cómo avían de enterrar los cuerpos de los Padres, como lo acostumbravan los cristianos. Y assí hicieron una sepultura en la capilla donde decían missa y los enterraron en ella. (LL 116)

Este cuento de un niño salvado de la muerte por un familiar del enemigo se remonta hasta Moisés, quien de bebé fue escondido entre el papiro de un río en Egipto. Luego, fue encontrado y protegido por una doncella egipcia, cuyo padre, el faraón, había ordenado la muerte de todos los niños hebreos (Ex. 1-2).

En su *Relación*, Rogel nos dice que hacía más de un año antes de que alguna asistencia pudiera llegar a Virginia. Finalmente, Rogel, su piloto (Vicente González) y los otros tripulantes fueron a Ajacán. Al llegar allá, Rogel termina su historia de la siguiente manera:

Llegados a dar fondo en el puerto, recelosos de algún mal suceso, no quisieron saltar en tierra hasta que viniese alguno de la Compañía o tuviesen noticia dellos. El don Luisillo, según se entendió después, desseava mucho que desembarcasen para cogerlos y matarlos; y viendo cómo reparavan y aguardavan hasta ver algunos de los Padres, usaron los indios deste ardid, que fue tomar las ropas de los muertos y vestírselas y pasearse por la playa; y los demás davan voces que allí estaban los Padres que viniesen; pero confirmándose más en su sospecha nunca quisieron salir a tierra. (LL 117)

El cambio de la vestimenta india a la española desafía lo que normalmente sucede en casi todas las crónicas de Indias. Tanto Bernal (*Historia verdadera* 65-67), Cabeza de Vaca (*Naufragios* 62), el Inca (*La Florida* 274-84), López de Mendoza sobre la exploración de Menéndez de Avilés (Ruidíaz y Caravia, ed. 456), Biedma (47) y otros cronistas describen historias de los cautivos españoles que pasan a vestirse, hablar, y vivir como indios.¹¹ Aquí, aunque puede ser para engañar, los indios invierten esa convención con la ropa.

Engaños y presentimientos: la *Relación* de Juan de la Carrera (1 marzo de 1600)

En 1598, el Padre-General Aquaviva ordena la composición de narrativas acerca de las misiones jesuitas alrededor del mundo. Para cumplir con este mandato, Carrera mandó esta relación al Padre Bartolomé Pérez, el asistente al Padre-General Aquaviva y el encargado de todas las provincias de España y su imperio (LL 139n1). Carrera estaba en Santa Elena, Carolina del Sur en 1570 y conocía a los misioneros que hicieron el viaje inicial a Virginia (LL 123). La *Relación* de Rogel menciona a Carrera como tripulante en el viaje punitivo de Menéndez de Avilés a Virginia en 1572 (LL 117).

Esta *Relación* cuenta la misma historia de la llegada y las muertes de los jesuitas, las tentativas de rescate, y el castigo finalmente llevado a cabo por Avilés contra Don Luis y los otros indios. Aunque comparte los mismos temas con las otras fuentes, sobresale por el tópico del “presentimiento” que se ve en otras crónicas como la *Historia general y natural* de Oviedo sobre Lucas Vázquez de Ayllón en Carolina del Sur. Veamos las semejanzas y diferencias entre las dos a continuación.

Primero, Carrera escribe que en Santa Elena, el Padre Segura le habló en confianza de la fe que tenía en la misión a Virginia: “Con el amor grande que nos teníamos, y familiaridad con que nos tratávamos, me dio parte de todos sus disingnos y traças y pretensiones, que en esta jornada tenía asentados . . .” (LL 123). A pesar del optimismo de Segura, Carrera, sin embargo, le respondió:

[M]as púsele dificultad en la ejecución, diciendo que aquel indio [Don Luis] no me contentava; y conforme a lo que me avía dicho, entendía no le tratava verdad, que le suplicava y pedía con encarescimiento lo mirase mejor y comunicase con todos los Padres que allí estaban, y conforme a eso viesse lo que más conbenía; porque querer irse el superior a partes tan remotas y apartadas, y desampararlo todo, fiado de un indio, sin arrimo de soldados ni otra jente más que la suya, no lo tenía por tan conbeniente como ir otro Padre a la ligera, y ver y descubrir la tierra, y ver lo que avía en todo, e informarse si el indio mentía o dezía verdad: que esto me parecía. (LL 123-24)

¹¹ A las relaciones de Virginia tampoco les falta dicho tópico. Por ejemplo, en la *Relación* de Bartolomé Martínez, que estudio más adelante, leemos lo siguiente del rescate del niño Alonso, el único sobreviviente de la masacre: “Y como venía [al barco] desnudo y quemado al sol, nadie le conoció, y entendieron que hera indio. Echó los ojos por el navío y vido a su padre, que se dezía Alonso de Olmos como él, y conociéndole, se echó a sus pies, besándolos y deziendo: este este es padre mío; porque, como avía cinco años que no hablaba nuestra lengua, de repente no acertava a hablar, y por el gran contento que tenía de averse visto en poder de cristianos” (LL 153).

Carrera no queda convencido de la sinceridad de Don Luis y, por eso, sospechaba que mentía para hacer daño a los misioneros. Advierte que Segura tenga cuidado con sus decisiones y que lo piense bien. De esta manera, demuestra su propio *ethos*¹² frente a la ingenuidad de Segura.

De la misma manera entre amigos íntimos, Oviedo le explicó a Ayllón que no confiara en su guía indio Francisco de Chicora porque lo dirigiría a su ruina en Carolina del Sur en 1526:

. . . cómo éramos amigos, comunicó me su viage, é çierto me pessó oyrle deçir adónde yba: é díxome la confianza grande que tenía de aquel esclavo, é que le avia fecho chripstiano, é que era muy buena persona é de muy gentil juição. Llevaba yo estonçes una perla grande . . . y quise que la viesse, porque él me deçia que aquel indio le deçia que las avia exçelentes é grandes en su tierra: é dixo el licenciado que era muy pequeña á respecto de las que le prometia aquel su adalid, é tanto más se me repressentó é tuve por çierto su engaño; é creí que aquel indio mentia en quanto le avia dicho. . . . Él me respondió quel indio era ya muy ladino é muy buen chripstiano. . . . (264)

Vemos que ni Ayllón ni Segura querían escuchar las admoniciones ni sugerencias de sus confidentes. Tanto Oviedo como Carrera sabían correctamente que los indios engañaban a los españoles sólo para volver a sus tierras natales. Carrera hasta ofreció a los misioneros otra oportunidad para cancelar el viaje cuando el Padre Quirós pidió que le proveyera unos materiales. Carrera respondió que “[y]o quando vi la memoria, me turbé un poco, y le dixé: Mi Padre, yo de muy buena gana le daría todo lo que me pide, aunque entiendo que todo se a de perder, si no entendiese por más cierto que todo esto a de ser mucha parte para la muerte de todas los que allá ban” (LL 124). A pesar de las dudas de Carrera, Quirós siguió adelante con su plan.

¿Ovejas o lobos?: La *Relación de Bartolomé Martínez (Potosí, 1610)*

El autor de esta relación del martirio jesuita en Virginia, Bartolomé Martínez, vivió entre 1571-1579 en Santa Elena, Carolina del Sur. Al casarse con una sobrina de la esposa del Menéndez de Avilés, trabajó como funcionario menor bajo el Gobernador. Afirma en su relación que oyó la historia sobre la muerte de los padres del mismo Alonso y su familia en Santa Elena.¹³ Aunque es otra fuente para confirmar el martirio de los padres, Lewis y Loomie no ponen mucha confianza en Martínez al decir, “[i]t is almost useless to attempt a detailed criticism of Martínez’s inaccurate recital. His mind is a jumbled disorder of dates, names, and events” (LL 162).

¹² Sugerido por Cicerón (atribuido) en *Ad Herennium* (15) y por Aristóteles en su *Retórica* (II, 2194).

¹³ La familia que vivía al lado de Martínez, incluía a la madre de Alonso, dos hermanos, una hermana, y una abuela. Según Martínez, “. . . bivían junto a mi casa, y en la suya me guisavan de comer, quando era soltero. Y respecto desto nos comunicábamos; y traté al moço muy familiarmente, y me contó lo referido algunas vezes, y algunas particularidades de la tierra” (LL 153). Por sus comentarios, aprendemos que la comida desempeñó un papel clave en la amistad que produjo esta información. La cocina así ha sido un tópico en la literatura hispanoamericana hasta el presente. En 1691, Sor Juana, por ejemplo, arguye sus “filosofías de cocina” en su “Carta a Sor Filotea” (510-11) y, en 1989, Laura Esquivel mitifica el poder de las recetas, amores, y remedios caseros en *Como agua para chocolate*.

Histórico o no, el documento de Martínez probablemente fue influido por las enseñanzas de Bartolomé de Las Casas. Como tal, defendía la posición de que los indios deberían ser cristianizados pacíficamente y no por la fuerza. Integradas con una fuerte dosis de anti-semitismo, las imágenes de Martínez también siguen la tradición literaria de la Biblia y del Padre José de Acosta tanto como la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542) de Las Casas. Veamos cómo a continuación cuando Martínez escribe:

El malaventurado del don Luis convocó sus deudos y parientes y otra mucha gente de guerra para ir a matar aquellos B. Padres y Hermanos, que estaban como ovejas y mansos corderos ofrecidos al holocausto y sacrificio por Jesucristo nuestro Señor. Bien semejante fue esta junta y conciliábulo al que hicieron los pérfidos judíos para crucificar al Salvador del mundo, por cuyo amor estos benditos Padres y Hermanos murieron bienaventurada y dichosa muerte, a monos de otra Judas que ellos avían criado en su collegio y compañía. (LL 151-52)

Aquí Martínez invierte las normas literarias de Las Casas por comparar a los padres españoles a “ovejas” y “corderos” inocentes frente a la “junta” india que los mata como los judíos crucificaron a Jesús. Después de llamar a Don Luis un “Judas,” lo caracteriza como un “lobo carnizero” que había “. . . dexado la piel de oveja . . .” (LL 152).

En la *Brevísima*, Las Casas metaforiza a los españoles e indios como “lobos” y “ovejas” respectivamente para retratar más poderosamente la crueldad de la conquista europea.¹⁴ Aquí, Martínez, le invierte la misma imaginería a Las Casas para describir la crueldad de los indios contra los misioneros españoles. Explica que los indios abrieron al Padre Segura con navajas mientras rezaba, que mataron a los demás a palos y flechazos, y que, después de cortarles las cabezas, usaron sus cascos para brindar en sus borracheras (LL 152). Advierte al lector, “[y] de esto no se admire, ni espante nadie, que otras mayores crueldades cuenta el Padre Josepho de Acosta de los Indios de la Nueva España” (LL 152). Por haber mencionado las atrocidades de los indios que describe Acosta,¹⁵ vemos que Martínez no prescribía a la teoría de Las Casas a favor de la humanidad de los indios frente a la barbaridad de los españoles.¹⁶

¹⁴ Escribe, “[e]n estas ovejas mansas y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos” (77), y “[e]stos, entrados con trescientos hombres o más en aquellas tierras, hallaron aquellas gentes mansísimas ovejas. . . . Entraron . . . más irracional y furiosamente que crudelísimos tigres y que rabiosos lobos y leones” (147). Pero como Saint-Lu, el editor de la *Brevísima*, señala, Las Casas no era el primero en usar estos símbolos. El lobo y la oveja se usaban en las crónicas medievales y en la *Estoria de España* de Alfonso el Sabio para describir respectivamente a los moros que invadían a los españoles (Saint-Lu 32). Las Casas ya había invertido las palabras de Cristo quien usó los mismos términos para advertir a sus apóstoles (Saint-Lu 33): “Os envió como ovejas en medio de lobos” (Mateo 10:16).

¹⁵ En su *De Natura Novi Orbis* (Salamanca, 1589) (LL 163n15).

¹⁶ Para más información de la influencia de Acosta sobre las misiones, Lewis y Loomie dirigen al lector al estudio, *El padre José de Acosta, S.J. y las Misiones* (Madrid, 1942), por León Lopetegui (163n15).

La intertextualidad de las otras historias de la colonia jesuita en Virginia

Fuera de las cartas y relaciones publicadas en Lewis y Loomie, hay otras crónicas sobre las expediciones de Menéndez de Avilés en el sureste de Norteamérica en general tales como el *Memorial que hizo el Dr. Gonzalo Solís de Merás, de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez, su cuñado, y de la conquista de la Florida, y justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses* del Dr. Gonzalo Solís de Merás (1565 o 1567, Ruidíaz y Caravia, ed., Vol. II, 1893); la *Vida y hechos de Pero Menendez de Auiles* de Bartolomé Barrientos (1568; Genaro García, ed. 1902); el *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida* de Andreas Gonzáles de Barcia (alias Gabriel de Cárdenas y Cano, 1723) y la colección de crónicas y relaciones escritas por Avilés y otros miembros de su exploración. Éstas se publicaron en *La Florida, su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés* (Ruidíaz y Caravia, ed. Vol. I, 1893, aquí en adelante “RC”). De estas cuatro crónicas, sin embargo, solamente dos – Merás y Barcia – son de fuentes sobre Virginia.

Entre dichas crónicas sobre Virginia en las fuentes para Avilés y otras abajo que incluyen la misión a Virginia específicamente, ha habido un interesantísimo diálogo a través de los siglos. Por un lado, la historia de Avilés escrita por Merás en su *Memorial* concluye con el viaje de Avilés a España en 1567. Para presentar una narrativa más comprensiva de los logros de Avilés después de esa fecha, Ruidíaz y Caravia agregó a su edición del *Memorial* en 1893 extensivos extractos del *Ensayo* de Barcia de 1723 sobre la historia jesuita en Virginia en 1570. Pero irónicamente, Barcia, como veremos adelante, primero había dependido fuertemente del *Memorial* de Merás para construir su *Ensayo* que, según Shea, es la historia más comprensiva, si no desequilibrada, de las expediciones de Avilés (69). Shea hasta declara que Barcia recibió un ejemplar del *Memorial* directamente de la familia de Merás. Por otro lado, Merás, Barrientos y Barcia parecen haber tenido acceso a los mismos papeles originales de Avilés para escribir sus trabajos. Sin embargo, ya que Barrientos concluye su historia en 1568, no es una fuente para el segmento virginiano de la colonia de Avilés (Lowery vii-ix; Shea “Ancient Florida” 293).

Además de las obras ya mencionadas, hay dos otras importantes historias escritas en español sobre Virginia. En 1645, Andrés Pérez de Ribas incluyó dos capítulos sobre los jesuitas en Virginia en su *Historia de los triumphos de nuestra santa fee entre gentes las mas barbaras y fieras del Nuevo Orbe. . . .* En su *Ensayo* de 1723 Barcia cita a Ribas y *La Florida del Inca* (1605) en su versión de los eventos en Virginia (143). Ya después de la época colonial, Javier Francisco Alegre escribe sobre “Las víctimas de Jacán (1570-1571)” en el Capítulo III de su *Historia de la provincia de la compañía de Jesús de Nueva España* publicada entre 1841-44.

Finalmente, son importantes dos obras escritas en latín que no estudio aquí: la *Historiae Societatis Iesu pars tertia, Sive Borgia* (1622) de Francisco Sacchino (1570-1625) y la *Societas Iesu usque ad sanguinis et vitae profusionem militans* (1675) de Mathias Tanner (1630-1692). Lewis y Loomie afirman que la *Historiae* de Sacchino es la fuente secundaria más importante sobre la misión a Virginia. Para su historia el jesuita Sacchino usó las cartas y relaciones primarias de Quirós, Segura, Rogel y otros. Como resultado, otros historiadores jesuitas como Tanner y a un nivel menor, Alegre, han dependido de él para sus propias obras de la colonia virginiana (LL 226n1).

Re/Escritura: El *Memorial* del Doctor Gonzalo Solís de Merás (1567)¹⁷ y el *Ensayo cronológico* de Andreas González de Barcia (1723)

El parentesco entre Solís de Merás y Pedro Menéndez de Avilés es un caso interesante. Merás, era, por un lado, el cuñado de Avilés por el matrimonio entre el Adelantado y su hermana, la doña María de Solís. Por su propio matrimonio con la doña Francisca de Quirós, Merás era también el sobrino de Avilés. Convencido por los sueños de su cuñado de un nuevo imperio, Merás acompañó a Avilés a la Florida donde le sirvió --- dependiendo de qué historia se lea --- de cronista, capitán militar, o sacerdote (RC 105-06).

Aunque Ruidíaz y Caravia cree que el *Memorial* es “curioso e interesantísimo,” agrega, “[p]ocos son las noticias que hemos podido reunir acerca de este cronista.” Consecuentemente, ni los historiadores ni los biógrafos mencionan la carrera literaria de Solís. Lo que sí se sabe, sin embargo, es que provenía de una familia ilustre del Principado español, y por su título, “Doctor,” era seguramente, según Ruidíaz y Caravia, “un hombre de letras, de mucho estudio y de sólidos conocimientos.” Ya que algunos cronistas le llaman “clérigo,” es posible que también se enviudara y recibiera órdenes sacerdotales antes de su salida para la Florida. Aunque existe esta teoría, el título de “doctor” probablemente no era muy común en el militar de aquel entonces (RC 105-07).

Sin embargo, en su *Historia Alegre* identifica a uno de los padres muertos en Virginia como el Hermano Gabriel de Solís, “de un ilustre origen y sobrino del adelantado don Pedro Meléndez” (79, 82). Al contrario, Sacchino dice que un Gabriel de Solís fue uno de los dos “non Sacerdotes” que ayudaron a encontrar comida allá (LL 218, 223). Todavía otros historiadores crean que había dos diferentes personas, Solís de Merás, el cronista; y Solís, el sacerdote. Ruidíaz y Caravia señala que Canella ni cree que Solís de Merás escribiera el *Memorial*, sino un hijo de Avilés o un pariente del Solís sacerdote (107).

Sea quien fuera el verdadero Solís de Merás, Ruidíaz y Caravia opina que el *Memorial* “. . . es la verdadera obra de un cronista: sobria, sencilla y, sobre todo, sincera”. Para él, Merás no embellece sus palabras ni juzga los eventos que describe. Es, en cambio, un “fotógrafo que reproduce lo que el paisaje da. . .” Opina que su estilo es natural, sencillo, y a veces repetitivo, los cuales demuestran la sinceridad no pulida de su trabajo (RC 108). Quinn cree que el *Memorial* es “classical” y “authoritative” y que Merás “built the experience of the conquest into a fine piece of largely rhetorical but effective writing in honor of his leader, which is still our most complete picture of the nature and spirit of the Spanish conquest” (xix, 383, 423).

Por su parte, Barcia menciona a Merás en su *Ensayo* (85, 90) donde cita un largo pasaje (85-90) de su *Memorial* que defiende a continuación:

Estas son las mismas Palabras de el Doct. Solis de Meras, en el Memorial, que hizo de todas las Jornadas del Adelantado, y de la Conquista de la Florida, escritas en el mismo tiempo, sin abreviar el contexto, ni mudar su estilo; cuia Autoridad sola, basta para convencer la calumniosa, y malevola opinión de los

¹⁷ El nombre completo de su obra es el *Memorial* (Ruidíaz y Caravia 106). A partir de aquí mis referencias parentéticas a Ruidíaz y Caravia serán “RC” más la página.

Emulos del Adelantado, y de la Nacion Española, quando no sobrará la Aprobación del Rei, y del Papa. (90)

Al citar el *Memorial*, Barcia mejor combate a los que criticaban la administración de Avilés en la Florida. Menciona que el *Memorial* se escribía concurrentemente con las hazañas de Avilés y que él, Barcia, no ha adulterado ni una palabra de la obra. De esta manera, defiende el valor del *Memorial* mientras autoriza su propio *Ensayo* con la evidencia irrefutable de Merás a favor del Adelantado (RC 108-09):

Irónicamente, casi doscientos años después, Ruidíaz y Caravia, el editor del *Memorial*, invierte este proceso “inter-textual” por extraer cuatro capítulos (Caps. 30-34) del *Ensayo* de Barcia para su edición del *Memorial* de Merás. De los cuatro capítulos, solamente el 31 y 32 se tratan específicamente de la aventura en Virginia. Para ver un ejemplo de cómo Ruidíaz y Caravia usó estos capítulos del *Ensayo* para “escribir” su edición del *Memorial*, empezamos con el siguiente pasaje de Barcia (negrilla es mía para indicar semejanzas con Ruidíaz y Caravia luego):

Avia llevado de España el Adelantado, al indio Don Luis de Velasco, porque avia ofrecido, con muchas veras, aiudar à la Conversión de la Provincia de Axacàn, y del Cacique su Hermano, con el P. Luis de Quiròs, de la Compañía de Jesús, Natural de Xerèx de la Frontera; y los Hermanos Gabriel Gomez, Natural de Granada; y Sancho de Cevallos, Natural de Medina de Rio Seco; con los quales, y algunos Soldados, se embarcò en la Habana, y llegò à Santa Elena por Noviembre. . . . El Indio Don Luis disimulado tan bien la Traicion, que llevaba imaginada, que borraba cualquier motivo de dudar de su fidelidad. . . .

Sabiendo la llegada del P. Segura, à Axacàn, el Adelantado volvió à España, y los Capitanes de los Galeones de la Armada, que guardaban el Mar, que eran Juan de Villaviciosa, y Domingo Arostegui, tomaron à los Piratas otros tres Navios. . . . (142)

Ahora, en base a dicha cita de Barcia, veremos cuán similar o diferente es la versión que Ruidíaz y Caravia pone en el *Memorial* (negrilla es mía para indicar semejanzas con Barcia arriba):

Había llevado de España el Adelantado al indio D. Luis de Velasco, porque había ofrecido con muchas veras ayudar á la conversión de la provincia de Axacàn y del cacique su hermano, y con varios religiosos y algunos soldados, se embarcó en la Habana y llegó á S. Elena por Noviembre de 1570, caminando juntos con grandes trabajos hasta entrar en la provincia de Axacàn, y disimulando el indio D. Luis la traición que llevaba imaginada, hasta el punto de borrar con su astucia todo motivo que pudiese hacer dudar de su fidelidad.

Sabiendo la llegada del Padre Segura á Axacàn, volvió el Adelantado á España, bien ageno del triste fin que á aquel religioso y demás compañeros de misión les esperaba por las traiciones y males artes del indio D. Luis, pues todos ellos sufrieron glorioso martirio en el mes de Febrero de 1571. . . . (253)

Irónicamente, aunque Barcia se felicita a sí mismo por no editar las palabras de Merás, Ruidíaz y Caravia, el editor de Merás, es el que “abrevia el contexto” y “muda el estilo” de Barcia. Las diferencias más obvias en Ruidíaz y Caravia son la eliminación de los nombres y el cambio de algunos tiempos verbales.

Por su parte, Barcia cita al Inca Garcilaso, al Padre Pedro de Ribadeneira (indirectamente), y al Padre Andrés de Ribas en su versión de los eventos del martirio:

Vestida yà de Acero su Malicia, con inhumana fiereça, los Martirizaron con las mismas Hachas el Dia 8. de Febrero; y sucedò lo que afirma el Inca, *Capitulo Ultimo de su Florida*, con autoridad del P. Rivadeneyra. Aunque el P. Andrès de Rivas refiere de otro modo el Milagro del Santo-Crucifixo; pues, dice, que codicioso vn Indio de la Riqueça, que sospechaba, tenia vna Caja, en que iban los Ornamentos, y vn Santo Crucifixo, para el Altar, al abrirla, caidò muerto. (143)

Por mencionar a Ribadeneira (1527-1611), el Inca indudablemente conocía el Libro III del Capítulo 6 de la *Vida del Padre Francisco de Borja, Tercer General de la Compañía de Jesús*, publicada por el padre en Madrid en 1592 y 1594. Además de ser importante por su conexión con el Inca, este libro es de interés especial por darnos las primeras noticias escritas jamás sobre los jesuitas en Virginia. El Inca probablemente tuvo acceso a la primera edición, aunque la segunda salió concurrentemente con *La Florida* en 1605 en una colección titulada, *Obras del padre Ribadeneira agora de nuevo revistas y acrecentadas*. Una edición moderna se encuentra en las *Historias de la Contrarreforma* editadas por Eusebio Rey en 1945 (LL 146-47n1). Ribadeneira también tradujo las *Confesiones* de San Agustín y Menéndez y Pelayo comentó su fuerte influencia sobre Lope de Vega en sus *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* (Madrid, 1919-1925). Aunque ya había completada su *Florida del Inca*, la historia del martirio de los jesuitas en Virginia por Ribadeneira conmovió a Garcilaso de la Vega tanto que agregó al final de la obra unos párrafos extras sobre el asunto (Inca 523-24; LL 146-47).

Ribas revela el nombre de su fuente en dos ocasiones en su *Historia* de Virginia. Primero, para introducir su obra, explica, “[l]a relacion que aquí escriuirè, es sacada de vna breue, que diò en carta propia [u]n Padre Iuan Rogel, de nuestra Compañía, uno de los primeros que passaron de España a la misma Florida” (744). Luego, después de contar los sucesos del tesoro, dice, “[y] deste mismo suceso dice el Padre Rogel en carta original suya, que tengo en mi poder, que le dieron tambi[en] noticia vnos soldados viejos de la Florida, que auian estado en la Provincia de Axacan, donde murieron los Padres” (749). En estas citas, Ribas implica el valor primario de su fuente --- una “carta propia” y “original” de Rogel (de 1572) que afirma tener “en [su] poder”. Al mencionar que Rogel era uno de “los primeros” padres que fue a la Florida, realza aún más el prestigio de la carta de Rogel como fuente primaria.

Aunque la colonia jesuita española de 1570 sobrevivió solamente un año, su importancia no puede exagerarse como un momento decisivo en la historia primitiva del sureste de los Estados Unidos en general y de Virginia en particular. Fue, a la vez, el primer asentamiento europeo en el área del Chesapeake y la última expedición de la gran época de exploraciones españolas en el sureste entre 1513-1574. Como hemos visto, no faltan fuentes sobre la colonia virginiana sino su integración dentro de la historia e literatura coloniales de América. Al compartir pasajes, cartas, e historias entre sí, los

textos de Virginia han creado un diálogo interno que ha ayudado a enriquecer la re/construcción tanto de la verdad como la leyenda de esta colonia. Pero la intertextualidad de estas crónicas se extiende más allá de las propias fronteras de Virginia. También comparten muchos de los mismos tópicos literarios de la Biblia y otras obras del Siglo de Oro en general. Así, los olvidados textos españoles de la primitiva Virginia del siglo XVI pueden vincularse con el canon de las otras crónicas españolas para continuar nuevas lecturas sobre la gran época de exploración española en el sureste de Norteamérica.

Obras citadas

- Alegre, Francisco Javier. Ernest J. Burrus et al. eds. *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*. 1841-44. Roma: Institutum Historicum, 1956-60. 4 vols. Vol. 1.
- Aristóteles. Jonathan Barnes ed. *Rhetoric. The Complete Works of Aristotle*. Princeton: Princeton UP, 1985. 2 vols. Vol. II.
- Barcia Carballino y Zúñiga, Andrés González de. *Ensayo cronológico de la historia general de la Florida*. Madrid: Oficina Real, 1723.
- Barrientos, Bartolomé. "Vida y hechos de Pero Menéndez de Avilés." En Genaro García ed. *Dos antiguas relaciones de la Florida*. 1568. México, D.F.: J. Aguilar Vera, 1902. 1-152.
- Benavente, Fray Toribio de. Edmundo O'Gorman ed. *Historia de los indios de la Nueva España*. México: Porrúa, 2001.
- Biedma, Luis Hernández de. "Relación del suceso de la jornada que hizo Hernando de Soto, y de la calidad de la tierra por donde anduvo." 1544. En Buckingham Smith ed. *Colección de varios documentos para la historia de la Florida y tierra adyacentes*. Madrid: José Rodríguez, 1857. I, 47-64.
- Carrera, Juan de la. "Relación. Lewis y Loomie 123-42.
- Casas, padre Bartolomé de las. André Saint-Lu ed. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Cátedra, 1999.
- Castillo, Bernal Díaz del. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
- Cervantes, Miguel de. Luis Andrés Murillo ed. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Castalia, 1987. 2 vols.
- Cicerón. G. P. Goold ed. Harry Caplan tras. *Rhetorica Ad Herennium*. Cambridge: Harvard UP, 1999.
- Colón, Cristóbal. Consuelo Varela y Jual Gil eds. *Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza, 1992.
- Cruz, Sor Juana Inés de la. Juan Carlos Merlo ed. "Respuesta a Sor Filotea." *Obras escogidas*. Barcelona: Bruguera, 1979. 489-527.
- DeVitt, S. J. "The Martyrs of the Rappahannock." *Records of the American Catholic Historical Society* 19 (1908): 1-17.
- Esquivel, Laura. *Como agua para chocolate*. Barcelona: Mondadori, 1990.
- Gradie, Charlotte M. "Spanish Jesuits in Virginia." *The Virginia Magazine* 96.2 (1988): 131-56.
- Irving, John. "The Two Stories of Jamestown." *Columbia* 37 (1957): 30-31.
- Lewis, Clifford. M y Albert J. Loomie, eds. *The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572*. Chapel Hill, NC: U de Carolina del Norte P, 1953.
- Lowery, Woodbury. *The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States*. New York: Russell, 1959.
- Martínez, Bartolomé. "Relación." Lewis y Loomie 148-65.
- Mendoza, Francisco López de. "Relación." Ruidíaz y Caravia 503-21.
- Merás, Gonzalo Solís de. *Memorial que hizo el doctor Gonzalo Solís de Merás [. . .]*. Ruidíaz y Caravia, ed. Vol. 1 105-257.

- Mooney, James. "The Powhattan Confederacy, Past and Present." *American Anthropologist* 9 (1907): 127-52.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de. José Amador de los Ríos ed. *Historia general y natural de las indias, y tierra-firme del mar océano*. Asunción: Guaranía, 1945. 14 vols. Vol. 10.
- Pastor, Beatriz. *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1988.
- Priestley, Herbert, ed. *The Luna Papers*. Vol. 1. Deland, FL: Florida Historical Society, 2 vols.
- Quinn, David, ed. *New American World*. Vol. 2. New York: Arno, 1979. 5 vols.
- Quirós, Luis de y Juan Baptista de Segura. "Carta a Hinistrosa." Lewis y Loomie 85-94.
- Ribas, Andrés Pérez de. *Historia de los triumphos de nuestra santa fee entre gentes las mas barbaras y fieras del Nuevo Orbe [. . .]*. Madrid: Alonso de Paredes, 1645. *Western Americana Frontier History of the Trans-Mississippi West, 1550-1900*. folios i-xl, 1-764. Micro-película, rollo 417.
- Ring Griffin, Rosemary. "Rogel, Padre of the Ports." *Mid-America* 30.1 (1948): 3-43.
- Robinson, Conway, ed. "Memoir on the First Discovery of Chesapeake Bay. Communicated to the Virginia Historical Society by Robert Greenhow." *An Account of Discoveries in the West until 1519, and of Voyages to and along the Atlantic Coast of North America, from 1520 to 1573*. Richmond, VA: Shepherd & Colin, 1848. 481-91.
- Rogel, Juan. "Carta." "Relación." Lewis y Loomie 98-122.
- Ruidíaz y Caravia, Eugenio, ed. *La Florida: Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. Madrid: Hijos de J. A. García, 1893. 2 vols. Rpr: José M. Gómez-Tabanera ed. Madrid: Ediciones Istmo, 1989. 2 vols.
- Sacchino, Francisco. *Historiae Societatis Iesu, Pars Tertia, siue Borgia*. Loomis y Loomie 215-26.
- Scisco, Louis Dow. "Discovery of the Chesapeake Bay, 1525-1573." *Maryland Historical Magazine* 40 (1945): 275-86.
- Shea, John. "Ancient Florida." *Narrative and Critical History of America*. Justin Winsor ed. New York: Houghton Mifflin. 8 vols. 1888-1889. II, 321-98.
- . "Early Spanish Explorations and Adventures in Chesapeake Bay, 1566-1573." *Historical Magazine* 3 (1859): 268-70.
- . "The Log Chapel on the Rappahannock." *The Catholic World* (1875): 847-56.
- Stick, David. *Roanoke Island: The Beginnings of English America*. Chapel Hill, NC: U de Carolina del Norte P, 1983.
- Vaca, Álvaro Núñez Cabeza de. *Naufragios*. Madrid: Espasa-Calpe, 1985.
- Vega, el Inca Garcilaso de la. Carmelo Sáenz de Santa María ed. *La Florida. Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*. BAE 152. Madrid: Atlas, 1965.
- Vigner, L. A. "A Spanish Discovery of North Carolina in 1566." *North Carolina Historical Review* 46 (1969): 398-414.